

Sonsoles Ónega



Las hijas de la criada

Premio Planeta

2023

—*Din que houbo parto no pazo dos Valdés.*

—*Quen cho dixo?*

—*Dixérono no porto e a nova voou como gaviota de mar.*

Pero dixeron máis.

—*Que máis dixeron?*

—*Que, como criada e ama pariron ao mesmo tempo, iso é cousa de meigas.**

* —Dicen que hubo parto en el pazo de los Valdés.

—¿Quién te lo dijo?

—Lo dijeron en el puerto y la noticia voló como gaviota de mar. Pero dijeron más.

—¿Qué más dijeron?

—Que, como criada y ama parieron al mismo tiempo, eso es cosa de brujas.

PRIMERA PARTE

—

PUNTA DO BICO, FEBRERO DE 1900

CAPÍTULO 1

Hay historias que permanecen escondidas durante siglos y merecen ser contadas. Historias de familias que se desvanecen con sus muertos, sepultadas bajo sus cenizas. La que empezó a forjarse tras los muros del pazo de Espíritu Santo es una de ellas.

Hasta ahora nadie se había atrevido a escribirla.
Aunque voló como gaviota de mar.



Cuando los señores Valdés terminaron de cenar, el olor de la ría entró en el comedor y los persiguió hasta la sala de la chimenea, donde doña Inés sintió el frío del parto.

Llevaba varios días revuelta, pero no lo esperaba tan pronto. El parto previsto era el de la Renata, casada con Domingo, matrimonio de guardeses y campesinos de las tierras del pazo de Espíritu Santo.

La conjetura de que lo que iba a suceder en cuestión de horas también lo supiera don Gustavo Valdés se quedaría en eso, en una conjetura. En realidad, nadie podría confirmar lo que pasó después de aquella noche, lluviosa como todas las de febrero en Punta do Bico, provincia de Pontevedra.

El viento del norte zarandeaba los cristales y amenaza-

ba con romperlos en una de sus furiosas embestidas. Don Gustavo azuzó los leños de la chimenea y se sumergió en la lectura de un artículo sobre el cultivo de la remolacha que, de un tiempo a esa parte, se había revelado como un tubérculo interesante de cara a su explotación azucarera.

Doña Inés dijo que tenía contracciones, pero su marido no le prestó atención ni reparó en el púrpura de la cuenca de sus ojos ni en lo baja que tenía la tripa, vencida hacia los muslos. Distantes como estaban —él en su orejero, ella en la butaca tapizada a juego—, tampoco pudo advertir que doña Inés ardía de fiebre.

—No me encuentro bien, Gustavo —volvió a decir.

El marido levantó la vista del periódico.

—Acuéstate, mi amor. Ahora subo yo.

Doña Inés miró a su marido y lo vio tan embebido en *El Faro* que lo dejó estar. Salió de la sala y asomó la nariz en la cocina para pedir a Isabela, la criada, que le preparara una infusión bien caliente.

—Aunque no sé si llegaré a tomarla. Me siento a morir.

—¿Qué le pasa a mi señora?

—Me duele aquí.

Señaló con los dedos la zona baja de la barriga.

—Como si me estuvieran rajando la tripa.

—Suba a su habitación y yo le llevo una manzanilla.

—Manzanilla, no, Isabela. Tráigame una tila.

—¿Una tila?

—Sí, Isabela, una tila. ¿Jaime está dormido?

—Sí, señora. Como un ángel. No se preocupe por el niño. Suba, que enseguida llego yo. Tiene usted muy mala cara.

—¿Y la Renata?

La señora preguntó por la otra criada porque antes de acostarse le gustaba pasar revista a la intendencia.

—Se encerró en la casa a las seis de la tarde.

—¿Y no ha vuelto a salir?

—No, señora.

—¿De Domingo sabe algo?

—Andará en la cantina —contestó Isabela.

Doña Inés sintió un pinchazo en la barriga que la dobló hasta el suelo.

—¡Qué mala estoy! Para mí que nace hoy.

—Ay, no, señora. No diga eso. Que es domingo. Y no avisamos a la partera. ¡No le daría tiempo a llegar desde Vigo! ¡Es domingo! —repitió angustiada.

—¿Estará despierto el doctor Cubedo?

—No puedo saberlo, señora. Pero ya sabe que el doctor Cubedo no es de partos.

—Da igual. Vaya a buscarlo, por favor.

—¿Y dónde lo busco a estas horas?

—Estará en su casa o qué sé yo —contestó doña Inés.

Sujetándose la barriga con las dos manos, consiguió subir las escaleras que llevaban a la alcoba principal, y fue tumbarse en la cama y empezar a sentir unas contracciones desconocidas. No se parecían en nada a las que anunciaron la llegada de su primer hijo, Jaime, el año anterior. Eran secas y punzantes. Se tocó bajo el vientre y sacó la mano ensangrentada.

—¡Isabela! ¡Isabela! ¡No hay tiempo que perder!

—¿La que grita así es la señora? —preguntó sobresaltado don Gustavo.

Tiró el periódico al suelo y corrió escaleras arriba mientras Isabela, sin contestar a su señor, voló a buscar al doctor Cubedo. Lo encontró con el pijama puesto y a punto de torcer la barbilla hasta el día siguiente.

—Doctor, tiene que venir al pazo de los señores Valdés. Doña Inés se ha puesto de parto. ¡Se nos muere!

—¡Qué exagerada, mujer!